

Detrás del espejo

Leda Rendón

La alucinación, el sueño y la locura se entrelazan en esta pequeña pieza de ficción que confirma a su autora como una de las narradoras más interesantes de la joven literatura mexicana.

Después de largas horas frente al espejo y de ahogar los gritos por el dolor, he decidido cortarme las venas. ¿Por qué? Yo misma me sorprendo de no haber tomado la decisión antes. Lo cierto es que descubro la inminente necesidad del suicidio.

Los dolores comenzaron la madrugada del quince de enero cuando cumplí once años. Antes de ese día recuerdo haber pasado momentos maravillosos echada al sol comiendo dulces con mis hermanas, pero esa madrugada todo cambió; me despertó el aullido de algo que parecía proceder de otro mundo, la bestia se arrastraba por el pasillo y comenzó a arañar la puerta hasta tirarla y lo que vi ese día preferiría no haberlo visto nunca, lo cierto es que esa visión cambió mi vida. Quien estaba frente a mí era un ser multiforme, cualquiera hubiera jurado que el reino animal y vegetal se confabularon para crear a esa cosa repulsiva, de patas con escamas y garras de tigre, hocico en forma de estrella de mar y una protuberancia en la espalda que recordaba a los hongos rojos venenosos de las profundidades de la selva, estos rasgos hacían de la alimaña de dientes podridos el ser más repulsivo sobre la faz de la Tierra. El monstruo me miró fijamente con sus ojos verdes como el musgo y susurró una palabra al mismo tiempo que de su boca escurría una sustancia amarillenta con trozos cristalinos:

—Sálvame.

El miedo fue tal que sólo alcancé a sostenerme para no lastimarme durante la inevitable caída. Al despertar

descubrí una herida alargada en mi cuello y mi piel antes bronceada era casi transparente. Enseguida de esa madrugada mi sueño se volvió intranquilo, fui incapaz de volver a ver la luz del día y el dolor llegó a mi vida.

Una mañana en que la tía Leandra, feliz por mis numerosos malestares, se acercó a darme el desayuno, con su natural movimiento zigzagueante y su ropa untada que dejaba adivinar las vellosidades de su entrepierna, sucedió lo que sería el siguiente paso de mi separación del mundo.

—Todo va a salir bien —me susurró al oído.

Y gotitas de sangre me salieron y mancharon la almohada. A partir de ese día el doctor Swarty me visitaba a diario y tenía que usar guantes y tapaboca, porque cualquier contacto, por mínimo que fuera, me provocaba sangrados difíciles de controlar.

El tercer evento, definitivo para mi aislamiento, fue el día en que Gilda, mi hermana mayor, en su tradicional ensimismamiento, se quedó contemplando una de mis heridas y enseguida comenzaron a salirme hormigas de la aún fresca llaga. Mis hermanas y mi tía, después de largas discusiones y lloriqueos de la menor, la amorosa Hipólita, decidieron que sólo podía salir durante las noches a la hora en que todos dormían.

Los dos primeros años tuve largas conversaciones con ellas detrás de la puerta, luego paulatinamente se fueron olvidando de mí. Así que como rata me deslizaba por los pasillos en las noches para conseguir algo de comida. Fue sólo después de siete años que me atreví a cruzar el

umbral de la casa. Durante los paseos evitaba cualquier contacto con seres humanos, pero un día conocí al único hombre cuya presencia no me causaba daño alguno. Apareció como un holograma, una alucinación tal vez, lo cierto es que esa noche apacible él estaba frente a mí saludándome con una sonrisa encantadora.

—Buenas noches —dijo.

A partir de ese momento fuimos inseparables, aprendí a disfrutar los sonidos y los olores nocturnos en su compañía. ¡Qué dicha me invadía! ¡Qué hermoso y elegante era aquel sujeto! Con súplicas me pidió que me fuera a vivir con él, y prometió no tocarme, jamás cumpliría su promesa.

Su residencia era como una pequeña montaña de color ladrillo. En la punta había un cráter por el que se entraba, luego una escalinata larga y empinada te llevaba a las habitaciones enormes, provistas de ventanales aéreos. En el ala derecha de la casa—montaña había un invernadero que tenía especies extrañas: helechos gigantes, hongos rojos con manchas café casi tan grandes como un jarrón para guardar el agua, pero lo que más llamó mi atención fue una especie café moteada en forma de estrella de mar con un caparazón como el de un caracol marino.

El primer año se sucedió tranquilo en la casa—montaña, con caricias y besos esporádicos que me producían hemorragias terribles. Yo las hubiera soportado sin chistar,

pero no le perdoné su paulatina indiferencia y menos el desamor y la mentira. Descubro que sigo enamorada, él no, a veces me consuela, pero sé que le desagrado. Debe ser difícil estar con una mujer que se queja constantemente y que por más que lo intenta no puede ser feliz. Hay días en que ni siquiera me dirige la palabra. ¡Si tan sólo pudiera sentir su cuerpo sin experimentar el dolor intenso de la piel desgarrándose! Cuando eso sucede lloro, hay ríos que atraviesan la recámara, él no los siente, parece disfrutar de mi sufrimiento, lo he visto esbozar una sonrisa en el preciso momento en que la piel se me despedaza.

Hoy me levanté temprano y lo seguí, cubrí todo mi cuerpo para evitar, aunque infructuosamente, el daño de los rayos del sol, y pude ver cómo entraba a una habitación como agujero de topo, en la que nunca había reparado. Cuando se marchó dejando la puerta abierta pude entrar y ver que se trataba de un baño con una gran tina en el centro y un espejo redondo que pendía del techo y que dejaba ver a la perfección la tina de mármol rosado. A un lado de la tina, en un pedestal, había una fotografía que recordé inmediatamente como mía. En ella estaba yo frente a un muro gris, sosteniendo una pelota roja y a mi lado un joven taciturno apretaba contra su pecho una estrella de mar viva. Se ve incluso una gota de agua que escurre del animal. La foto causó grandes



Leanne Parker, Australian digital top model



Laszlo Racz, *Hungarian digital model in intimacy*

estragos, porque según sé, el joven murió poco tiempo después de ser tomada. ¿A qué viene aquí todas las mañanas? ¿Qué es más importante que quedarse a mi lado? Al hacerme estas preguntas me sorprendió de pronto ver una mano atravesando el espejo. Aterrorizada sólo pude articular estas palabras que me había repetido tantas veces en sueños:

—Olvidalo todo.

Y salí.

EL ESPEJO

Sigo frente al espejo. Después de tomar la decisión de matarme procedo a ejecutar las acciones pertinentes. ¡Oh que sensación maravillosa! Despojarse de todo, la sangre fluyendo y mezclándose con el agua es simplemente el paraíso. La muerte es como un cuadro vacío. Mi cuerpo se incorpora al espejo, las heridas han desaparecido, esta sensación es lo más parecido a levantarse por las mañanas y oler la leche que hierve, casi puedo ver a mis hermanas tarareando canciones y bailando.

Desde que estoy del otro lado del espejo mis dudas se han acrecentado, y aunque él viene a platicar conmigo todas las mañanas, no puede dejar de atormentarme el taconeo de aquella mujer que se arrastra frente a mi puerta todas las noches como un fantasma. Sé que la mayor prueba de devoción es su presencia constante y sus

ofrendas cotidianas, pero me atormenta la idea de que a pesar de todo eso alguien se duerma en nuestra cama de sueños comunes.

Al cumplir el tercer mes él se sentó frente al espejo y pude ver que algo en su rostro era diferente, tal vez siempre estuvo allí, una protuberancia calcárea se asomaba de su boca. Traté de olvidar el incidente y seguí disfrutando de sus caricias indoloras. Lo cierto es que presentía que era sólo el comienzo de algo terrible.

Hoy desperté y un cuerpo igual al mío me sonrío. Trato de atrapar el tiempo y me encuentro con otro cuerpo igual al mío frente a mí. ¿Hago un ritual de bienvenida o simplemente me acerco al cuerpo y lo saludo? Dentro del espejo avanzo, y cuando la distancia que nos separa es mínima, mi cuerpo y el cuerpo estiran la mano. Simultáneamente tengo la impresión, durante un momento, de chocar contra el espejo, pero no, toco su mano que es como mi mano, que es como tocar mi cuerpo con otro cuerpo que es igual al mío.

—Hola.

—Hola —sonríó—. ¿Quién eres?

—Soy tú —dice— soy tú multiplicada en el tiempo, estaré frente a ti sólo algunos segundos, no te angusties.

—Quiero salir del espejo, ¿hay alguna forma?

—Sí.

—¿Cuál?

—Olvidalo todo.

—¿Cómo?

Al terminar mi última frase el cuerpo igual al mío se desvanece y yo me quedo igual que antes. Él llega y como un ser poseído repitiendo frases del pasado, me coloca en un salón grande lleno de retratos y velas incandescentes. La mujer de los tacones entra, la reconozco por el ruido que hace al caminar, y se coloca desnuda en el altar que está en el centro de la habitación. Yo sólo escucho el murmullo de personas que no puedo ver, todas me resultan familiares. ¿Qué está pasando? Esa mujer expide un olor tan a té de limón azucarado. Él la toma entre sus brazos y con una violencia descomunal la penetra, una sustancia amarillenta le escurre de entre los dientes y trozos de cristales se le incrustan a la mujer en los senos y las piernas y salen disparados y entran por todos sus agujeros. Es como una orgía de sangre. Yo, desesperada, grito:

—¡Déjenla en paz!

Y por fin logro romper el espejo. Inesperadamente me encuentro en su lugar lacerada por la bestia que una madrugada cambiara mi vida para siempre. Y descubro a mi tía Leandra apretándome la cabeza y a mis hermanas Hipólita y Gilda sosteniéndome las piernas y los brazos respectivamente, están como poseídas, con los ojos en blanco y entonando canciones demoniacas, mientras la bestia aúlla repitiendo simultáneamente:

—¡Sálvame!... [U]